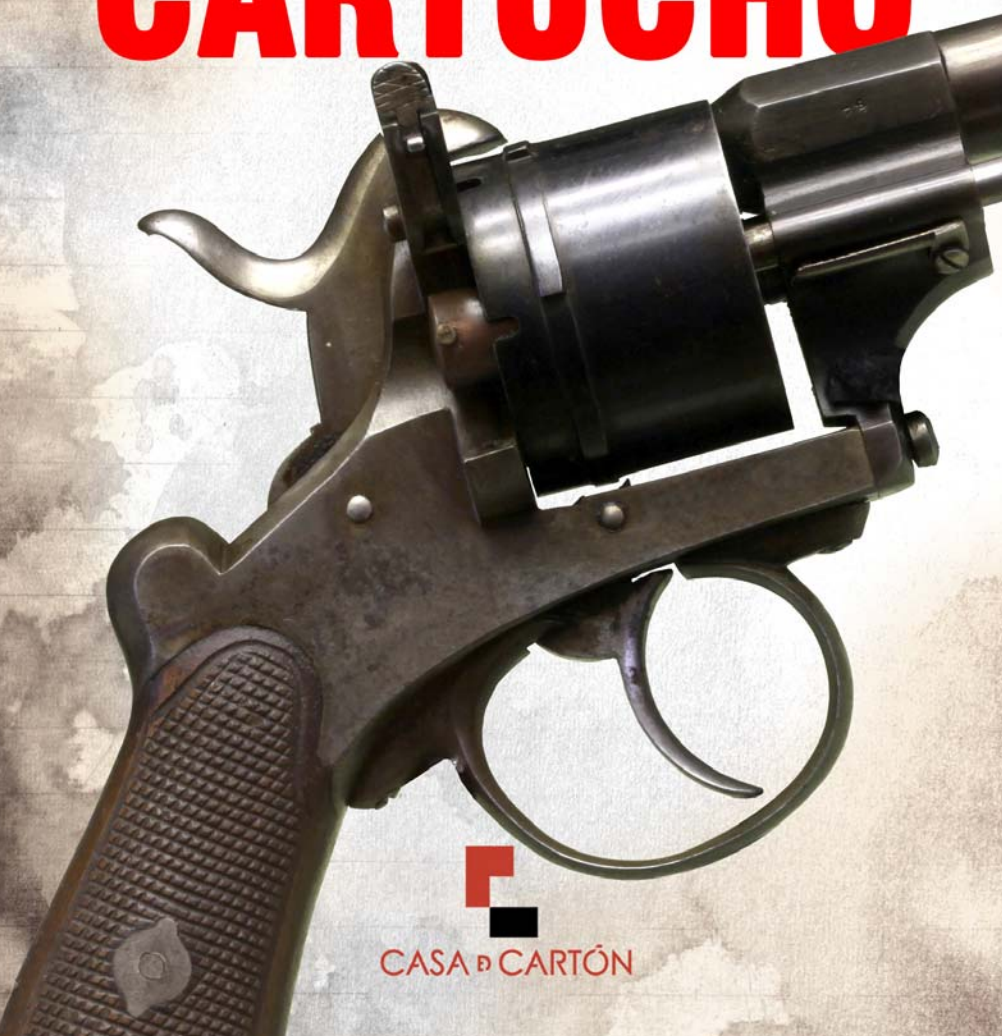


JORGE GUNDEMAR

EL ÚLTIMO CARTUCHO



CASA DE CARTÓN

EL ÚLTIMO
CARTUCHO

Jorge Gundemar

EL ÚLTIMO CARTUCHO



CASA DE CARTÓN

© Jorge Gundemar, 2008
© Editorial Casa de Cartón, 2015

Editorial Casa de Cartón
Calle Arroyo Fontarrón 115, 5B
28030, Madrid - España
www.casadcarton.es
www.casadcarton.com

Primera edición: Septiembre 2015
ISBN: 978-84-943027-5-6

Todos los derechos reservados.

Printed in Spain

I

—Tal como lo oyes, chico: nada hay peor y más vil que un cobarde... —el coronel Carlos Agustín Belaúnde frunce el ceño.

Hace una larga pausa y exhala el aire pesadamente. La pequeña nube de vapor que sale de sus labios se mezcla con la neblina. Continúa:

—Chico, ¿sabes quiénes son los primeros en abandonar un barco que se hunde?

—No, señor.

—Las ratas —su voz se torna más grave, totalmente tensa—. Las ratas...

El muchacho lo mira serio. Abajo, se puede oír el rumor del mar, inquieto, con las olas atizando las rocas del Morro. El coronel prosigue, indignado, despotricando contra Mariano Ignacio Prado por haberse marchado a Europa hace ya un año. «¿Desde cuándo el presidente de un país tiene que viajar personalmente a comprar armamento, chico?». Las cejas juntas, la frente arrugada. «¿Desde cuándo? ¿Puedes creer tamaña mentira?».

—Ratas... —vuelve a repetir agriamente—. Nada es más vergonzoso que un cobarde...

—...

—Pero tú y yo somos de otra pasta, chico. Eso se ve de lejos.

—Gracias, señor.

—Somo como mi compadre don Nicolás de Piérola. Si él no hubiese tenido el valor de tomar el poder, ¿quién lideraría al Perú en esta guerra?

—No lo sé, señor.

—Nadie. Menos ese Prado que a la primera oportunidad huyó a Europa. ¡Esa rata! ¡Qué diferencia de hombres! Por eso yo soy pierolista de corazón, chico. Y mi batallón no se rendirá jamás... Te lo aseguro. Aunque esté todo en contra, el deber de cada uno de nosotros está con la patria. Ella está por encima de todo. Por encima de tu vida misma.

—Sí, señor.

—Pero no te voy a mentir, chico. La situación es grave —el coronel habla con la voz profunda.

—...

—Allá, ¿ves? —la mano del coronel se extiende con el índice estirado como un sable—. Allá, en el Alto del Alianza se decidirá prácticamente todo.

—¿Usted cree que nuestras fuerzas puedan...?

—Tenemos pocas posibilidades.

—...

—Pero las tenemos y eso ya es bastante, chico. Dependerá también de si los hombres se comportan como tales.

—Señor, ¿qué dice el coronel Bolognesi?

—Hace un momento quise conversar con él, pero está encerrado escribiéndole a su mujer.



**Francisco
Bolognesi Cervantes**
(1816-1880)



**Alfonso
Ugarte y Vernal**
(1847-1880)



**José Justo
Arias y Aragüez**
(1825-1880)



**Marcelino
Varela Barrios**
(¿?-1889)
Fue Prefecto de
Tacna y llegó a ser
Senador del
Congreso.



**Roque José Antonio
del Sagrado
Corazón de Jesús
Sáenz Peña**
(1851-1914)
Llegó a ser Presidente
de Argentina en 1910.
Instauró el voto
secreto, obligatorio y
universal en 1912.



**Teodoro Elmore
Fernández de
Córdoba**
(1851-1920)
Fue profesor de la
Escuela Nacional de
Ingenieros (hoy UNI)
y llegó a ser
Ministro de
Fomento en 1902.

—Ah...

—Chico... —resopla preocupado—. No sé si es prudente que nuestro jefe militar en el Morro ya dé todo por perdido antes de pelear...

—¡Pero qué dices! Aquí nadie se rinde.

El chiquillo voltea sorprendido y se cuadra ante el coronel Marcelino Varela.

—Nombre y unidad... —los grandes y poblados bigotes del militar se mueven, mientras sus ojos miran fijamente al adolescente.

—Cabo Alfredo Maldonado, de la *Batería Ciudadela*.

—Así que estás con el coronel Arias y Aragüez. Es un tipo duro, pero muy buena gente.

—Sí, señor.

—¿Y se puede saber qué hace aquí, cabo? Este no es su puesto.

—Vine trayendo un mensaje, señor.

—Vamos, Marcelino —la voz pausada, calma del coronel Belaúnde—, no asustes al muchacho.

—Descanse, cabo —el coronel Varela se relaja, sonríe—. Tranquilo. Solo es un chascarrillo.

Abajo, el mar golpea los peñascos mientras varias gaviotas aletean cerca. La neblina remite y la isla Alacrán se distingue con mayor nitidez.

El cabo busca con timidez unas palabras.

—Señor... —titubea—. Si en Tacna ganan los chilenos, ¿qué oportunidades tenemos?

—Ninguna, cabo... —el coronel Varela murmura, como si hablase consigo mismo—. Ninguna.

II

El papel en blanco sigue sobre la mesa y piensas en ella otra vez. «¿Qué será de ti?», repites cabizbajo y la imaginas allá, en Arequipa, en casa. La extrañas. Te agradecería abrazarla. Susurrarle alguna broma. «Doña María Josefa de la Fuente y Rivero acepta casarse con este viejo», le dirías al oído. «Don Francisco Bolognesi Cervantes, si soy mayor que usted en nueve años, caramba», protestaría contenta, siguiéndote la broma. Cuarenta años de casados... Cuarenta años juntos. «Aún no me ha dicho que sí», le insistirías sonriente estirándole la mano con una venia. Añadirías: «¿Doña María Josefa, me haría el honor de acompañarme nuevamente a la Parroquia del Sagrario de la Catedral?». Ella abriría los ojos y ya no podrían más, estallarían los dos en carcajadas. ¿Qué será de ti?, vuelves a murmurar. El papel sigue delante, sobre la mesa. Aún no sabes qué escribirle. Te gustaría engañarle, pero sabes que no debes hacerlo. En realidad no podrías. A tus sesenta y tres años, te resultaría muy difícil cometer semejante estupidez. No. Ahora no. Todo, en este instante, se te hace más cercano, como un torrente de imágenes.

Las más borrosas son tus primeros años. A pesar de que naciste en Lima, en la calle Afligidos del Centro de Lima, aquel lejano 4 de noviembre de 1816, casi no recuerdas nada de esa casa. Solo acude a ti el sonido del violoncello que tocaba tu padre y la voz de tu madre arrullándote. Trozos, solo trozos: «Andrés, un poquito más, que al niño le gusta» y papá que respondía, «claro, Juana». Quizá te equivocas, quizá esas voces son de después, de cuando ya tenías cuatro o cinco años. Por supuesto, no pueden ser de cuando eras un bebé, lo sabes. Es imposible. Recordar la música te hace pensar en Margarita, tu hija. También está en Arequipa con Melitón, su esposo. Felizmente es compositor de música y no está en el campo de batalla, piensas. Al menos él puede estar allí para acompañar a Margarita y a María Josefa. «¿Qué será de ti?», vuelves a pensar en tu esposa con la mirada fija en el papel. Tu infancia regresa, la partida de Lima hacia la ciudad del Misti, ese volcán enorme, descomunal, que reina sobre el cielo de Arequipa. Allí estudiaste en el Seminario Conciliar de San Jerónimo, ese colegio famoso donde también fue alumno Mariano Melgar. Eras muy bueno en matemáticas, eso lo recuerdas. También vuelven a ti aquellos días difíciles, la muerte de tu padre y tu necesidad de trabajar para mantener la casa. Empezaste en la *Casa de Lebris & Violler* y luego emprendiste tu propio negocio con la explotación de la coca, el café y la cascarilla, en la región montañosa de Carabaya, en Puno. Ya para entonces, te habías casado y venía tu primogénito en camino.

«Qué será de ti», murmuras pensando en ella. Eres consciente de que lo que está por suceder en el Alto del Alianza solo tiene un final previsto. Uno solo y que estas serán, tal vez, las últimas palabras que le dirijas a tu mujer. Entonces, alzas la vista, miras por la ventana y ves que al fondo, no muy lejos, el coronel Belaúnde y el coronel Varela conversan acompañados de un chiquillo de piel morena. «¿De qué hablarán», te distraes, pero apartas ese pensamiento de inmediato. Finalmente lo sabes. Ya tienes claro qué le vas a decir a ella. Humedeces la pluma en el tintero.

Arica, 22 de Mayo de 1880.

Adorada María Josefa,
esta será, seguramente, una de las últimas noticias que te llegarán de mí, porque cada día que pasa vemos que se acerca el peligro y que la amenaza de rendición o aniquilamiento por el enemigo superior a las fuerzas peruanas, son latentes y determinantes. Los días y las horas pasan y las mismas como golpes de campana trágica que se esparcen sobre este peñasco de la ciudadela militar, engrandecida con un puñado de patriotas que tienen su plazo contado y su decisión de pelear sin desmayos en el combate, para no defraudar al Perú.

¿Qué será de ti, amada esposa, tú que me acompañaste con amor y santidad? ¿Qué será de nuestra hija y de su marido, que no me podrán ver ni sentir en el hogar común? Dios va a decidir este drama en que los políticos que fugaron y los que asaltaron el poder, tienen la misma responsabilidad. Unos y otros han dictado con su incapaz conducta la sentencia que nos aplicará el enemigo.

Nunca reclames nada para que no crean que mi deber tuvo precio.

Besos para ti y Margarita. Abrazos a Melvin.

Francisco Bolognesi